

de la obra de este último, dicho sea de paso, se está celebrando en Madrid en el momento en que escribo estas líneas).

Como no podía ser menos, el capítulo titulado: «¿Es arte la fotografía?», es quizá el más denso y el más estimulante del libro. La autora, haciendo gala de una magnífica cultura literaria y —lo que es mucho más importante— de una perspicacia y agudeza de juicio espléndidas, nos adentra y guía a través de la foresta de opiniones y visiones que acerca del hecho fotográfico se han formado personalidades como Paul Valéry y Julio Cortázar, Emile Zola y André Malraux, Víctor Hugo y Walter Benjamin, Marcel Proust y Roland Barthes, Gabriel García Márquez y Susan Sontag. Un juicio de Guy de Maupassant me parece destacable por cuanto entraña toda una concepción del realismo. «El realista —dice el autor de *Boule de suif*, citado por Marie-Loup Sougez—, si es un artista, no procurará enseñarnos la fotografía banal de la vida, sino darnos la visión más completa, más sobrecogedora, más propia de la misma realidad.»

Hermoso y útil trabajo el de Marie-Loup Sougez en su *Historia de la fotografía* (en la que se da cumplida cuenta, asimismo, de la fotografía española dentro del marco de la fotografía mundial), cuya lectura, al evocarme el mágico universo de luz y tiniebla, de vacío y plenitud, de temblor de contingencia y serenidad de absoluto que es la fotografía, me ha hecho recordar los versos del gran maestro, del viejo maestro, José Bergamín:

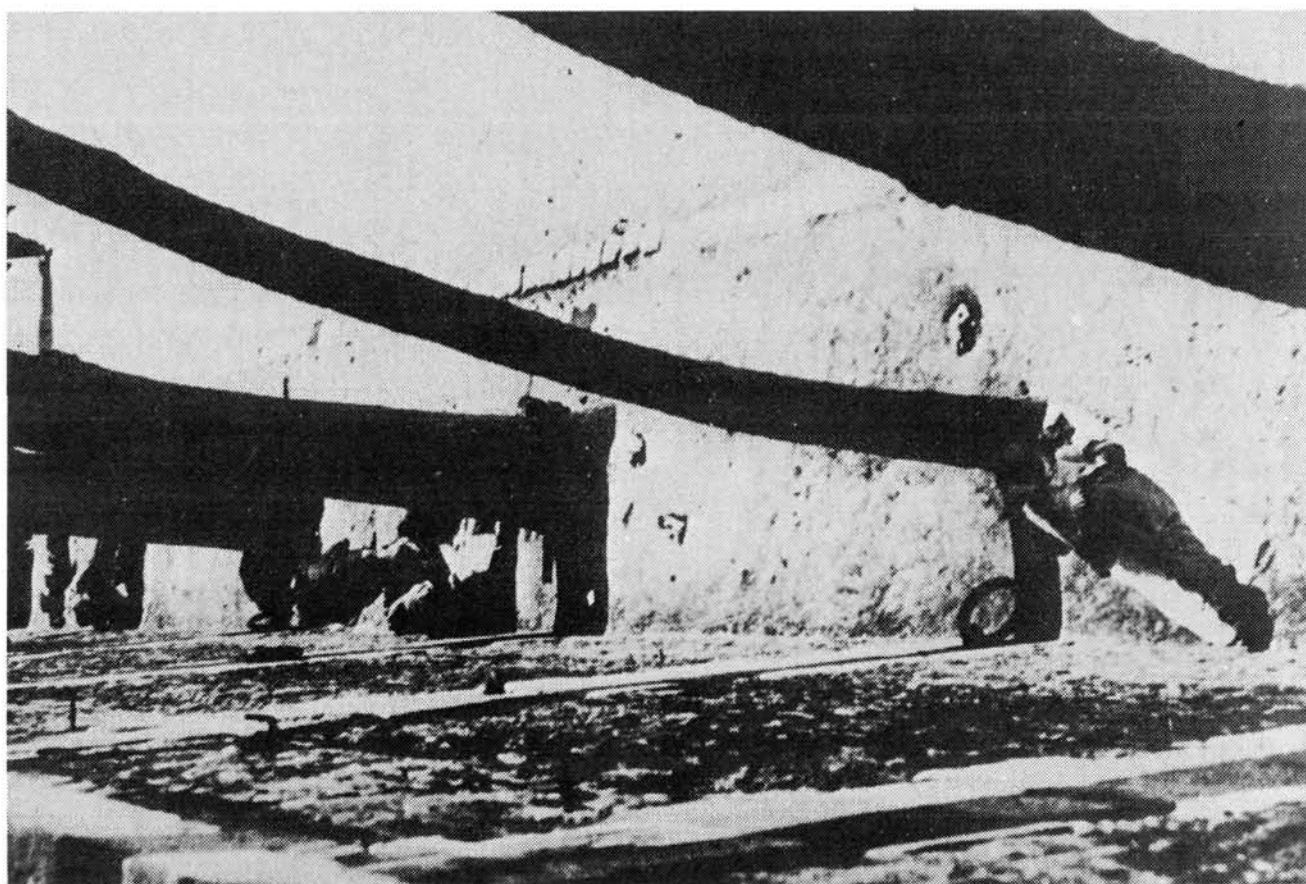
*Cristal del tiempo, forma de la hora,  
éxtasis del instante:  
hilo del alma, temblorosamente  
suspendido en el aire.*

## El contracanto de la contingencia

El raído, deforme, agrietado zapato del violinista callejero pisa uno de los trazos de la doble huella paralela que las llantas de un carruaje han dejado impresa en el barro. Acaso la huella del pobre carro de un aparcerero que, de madrugada, atravesara la calle de la aldea, lluviosa y enfangada, camino de su áspera brega en tierras de labranza. Acaso la huella del coche del propietario de esas mismas tierras, el cual, también al alba, regresara a su mansión tras una larga noche de otra brega —ésta más dulce— en brazos de su amante.

En cualquier caso, el sol de mediodía ha hecho cuanto ha podido por borrar los surcos de las ruedas, geométrica estela curvilínea, ensimismada, idéntica a sí misma, que en su soberbia y armoniosa idealidad refleja y proclama el imperio de lo absoluto, de lo universal, de lo abstracto, constituyéndose en signo, rastrero y sublime a un tiempo, de la necesidad y la libertad humanas.

Blancuzco, superficial ya, el doble surco se pierde más allá del extremo superior izquierdo de la fotografía. Tanto si las dos rayas son vestigio de libres ocios como si lo son de necesarias servidumbres, el sol ha querido difuminar todo rastro de ambas, deshacerlo, hacerlo olvidar. Y el zarrapastroso zapato del violinista, aliado del sol, holla y humilla la huella de la rueda en el reseco lodo de la aldea con la misma divina



*André Kertész. Los Muelles del Sena. Paris*